

LA RISA COMO RESISTENCIA

El cuerpo, con su capacidad de afectar y verse afectado por aquello con lo que interactúa, crea vínculos constantes que pueden ser efímeros e intangibles, hápticos y duraderos. Estos contactos, generalmente, se manifiestan de maneras subjetivas, por ello sólo pocos adquieren tanta certeza como la risa: reacción incontrolable que rompe con la dinámica de lo que acontece en el presente –a veces vinculada al pasado y otras veces generada por lo que se espera venir en el futuro– y estalla en un sonido que, si bien es momentáneo, tiene una rítmica constante que da muestra de nuestra respiración en resonancia.

La risa, como reacción sonora a una acción intencional o no, requiere de inteligencia pues para que un cuerpo sea afectado es necesario entender la información externa que recibe. Así, por medio de la risa se establece una comunicación en la que dos, o más agentes, se vinculan sin dejar dudas sobre la manera en que estos cuerpos responden a los estímulos externos y, a pesar de que la risa puede surgir por distintas emociones: alegría, asombro, nervios, o incluso miedo; es a través de su presencia que se hace evidente que un cuerpo ha sido interpelado, es decir, que un contacto se ha establecido.

Estos vínculos que se establecen no siempre se dan de manera contingente, por el contrario, existe un personaje que por antonomasia encarna la creación de la risa: el payaso. Dicha figura ha sido insertada en el arte como categoría analítica, muestra de ello es lo dicho por Theodor Adorno a mediados del siglo XX:

El elemento de juego y payasada, por el cual el arte se coloca a sí mismo bajo la ironía, significa tanto una pesada vinculación al objeto, como el intento de desmentirla ante la reserva de la libertad. (...) Los actos del payaso extreman el dominio sobre el mundo de los objetos, para conceder de nuevo a lo existente su derecho: dirige la risa a la vez sobre sí, sobre el mundo y sobre el dominio.¹

Las palabras de Adorno resuenan en la obra realizada en el año 2000 por el artista belga Francis Alÿs, titulada “The last clown”, en la que por medio de un loop de animación se muestra a un hombre que al pasar junto a un perro tropieza con la cola del animal y cae al suelo una y otra vez, mientras música y risas suenan de fondo. Dicha obra, surgida de una anécdota personal junto al curador Cuauhtémoc Medina en las calles de Londres, establece

¹ Theodor Adorno, *Sobre la música*, (Barcelona: Paidós, 2008), 62.

el humor, la caída y la risa como alegorías del papel que juegan los artistas en la industria del arte, cada vez más parecidos, afirma Alÿs, a actores encargados de amenizar la industria del entretenimiento.²

De esta manera, haciendo un vínculo entre lo dicho por Adorno y la obra de Alÿs, es posible plantear una analogía entre la figura del artista y la del payaso, quien a cada intento por extremar su dominio sobre los objetos se encuentra con la complejidad de un mundo que se niega a tomar la forma que él quiere.

Finalmente, es precisamente a través de la risa del cuerpo que se afecta con el acto del payaso, que se activa el deseo de acceder a lo que se presenta como negado, esto significa que, cuando la risa surge de la escena de un otro que al dar una paso tropieza o al querer abrir una puerta se queda con el picaporte en la mano, quien ríe lo hace porque comprende la imposibilidad de asir el mundo y hace de la risa una defensa ante lo que se presenta como caótico, injusto y complicado, erigiendo así a la risa misma como un acto de resistencia y rebeldía.

Página web: <https://ethelbetsaidart.wixsite.com/work>

² Tate, “Francis Alÿs – The Last Clown, TateShots”, acceso el 12 de mayo de 2019, <https://www.youtube.com/watch?v=mQZnussmPoU>